

Bibliografía

EL INDIO, FLAMA INEXTINGUIBLE

Guillermo Bonfil Batalla, compilador, *Utopía y revolución: el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, 1981, 439 páginas.

Del mismo modo que ciertas clases de fuego, producido por combustibles fósiles o por rocas de origen ígneo, no pueden extinguirse por medios usuales, los pueblos indígenas de la llamada América Latina han podido persistir o sobrevivir, pese a las condiciones adversas del medio social e histórico, que siempre han propiciado su extinción.

En este libro, Bonfil Batalla, exdirector del Instituto Nacional de Antropología, presenta una puntual relación del estado del pensamiento político contemporáneo de nuestros indios, pensamiento que aflora en estos días cual si fuera, por un lado, vestigio arqueológico que asombra y en el que, al mismo tiempo, brotara impetuoso un torrente de lava.

Una sentenciosa frase atribuida a Sahagún, en el sentido de que no podrían acabar con los indígenas quienes vivían de ellos, se ha confirmado plenamente. Hubo episodios y hechos genocidas típicos e impresionantes en el período colonial, como el costo en vidas humanas de la construcción del real y pestífero desagüe de Huehuetoca, drenaje del Valle de México, y aun antes, paradójicamente, durante la reconstrucción de México, ciudad asolada por los sitiadores españoles y sus aliados en el siglo XVI, según testimonio de Motolinía.

El frío e implacable fuego indio arde hoy en América Latina y, concomitantemente, según lo indican conferencias internacionales, con los fuegos nativos de todos los continentes, donde se han presentado los fenómenos de las denominadas conquista y colonización. Ya se trate de iroqueses de América del Norte, de las nacionalidades oprimidas en la misma Europa o las que luchan contra el *apartheid* en África; también hay ejemplos semejantes en Asia y las islas del Pacífico.

El sacerdote mexicano don Mariano Cuevas maldice expresamente el momento en que la planta del hombre blanco se asentó en estas tierras. Sus huellas parecerían las de un feroz y depredador felino prehistórico estampadas en las playas invadidas.

El estudio preliminar de Bonfil es enjundioso y esclarecedor. Viene a ser como un marco de referencia que nos señala con certeza el campo de estudio. Resulta, según se

aclara en primer término, que el indio, como categoría histórica de nuestro continente, tiene una antigüedad de cinco siglos. Antes de ese período el indio se define por sí mismo, con su peculiar y unitaria civilización. Después del contacto violento con el invasor, comienza su existencia precaria.

De hecho, la existencia del indio se inicia en el momento de la llegada del hombre blanco a este subcontinente, hoy llamado latinoamericano. El no-indio, pretendiendo haber descubierto civilizaciones que eran ya milenarias, lo denomina con las palabras de Colón, quien pensó haber descubierto las Indias Orientales. De aquí provino su correspondiente gentilicio. Más aún, el europeo echó a rodar un estereotipo: primero, subhombre sin alma; luego, con una ánima a la que había que salvar cristianamente; por último, el habitante rural siempre en las peores condiciones posibles. Señalar esto en nuestra hora no es un anacronismo, porque el estereotipado indio vive con nosotros y en México equivale, muy probablemente, a 10% de la población total.

Basta eso para determinar que nuestro país sea multinacional y que esta condición debiera respetarse y ser consagrada en la Constitución Política, según lo han pedido expresamente las organizaciones indígenas mexicanas, en sus congresos y asambleas.

Otra razón poderosa también refuerza esa petición: el papel histórico trascendental de las culturas indígenas, como raíz de la nacionalidad, y más aún, muy concretamente, la sangre que han derramado los indios como soldados de la patria en el curso de las tres revoluciones que nos han dado el ser: la de Independencia, la de Reforma y la contemporánea de 1910, así como su contribución a la cultura nacional. Todo ello también vale para el resto de las tierras del continente.

Los indios precolombinos ya tenían nombre, raíz y destino propio: entre nosotros y la América Central, por ejemplo, se llamaban nahoas, purépechas, mixtecas, huastecas, zapotecas, mayas. En el cono sur eran los quechuas, aymarás y otros pueblos numerosos que viven junto a los grandes ríos sudamericanos y en la selva amazónica. Esos indios no requerían de nuevos nombres que los rebautizaran; menos que se les “descubriera” por ciertos europeos, cuando ya lo habían sido por los escandinavos, los chinos y probablemente por otros grupos del norte de Asia que, incluso, transitaban por el hoy llamado estrecho de Behring.

Para documentar estas ideas fundamentales están los materiales contenidos en el libro que se reseña, que es de obligatoria consulta, por su dimensión y calidad, para todos

los que se interesen y luchen por las reivindicaciones de nuestros pueblos originarios.

Los invasores blancos que llegaron a esta parte del planeta descubrieron en buena hora la belleza de los pueblos isleños y su bondad que rayaba en lo ingenuo. De ellos recibieron el metal precioso y valiosa ayuda y les correspondieron del modo más increíblemente feroz, como si de intento se pusieran a ensayar los etnocidios y genocidios de razas y naciones, que después cometerían con asombrosa perfección estos virtuosos del terror, de alma cristiana.

Los pueblos de estas tierras fueron invadidos, no conquistados porque sencillamente los ibéricos no los convirtieron en sus semejantes, aun con todas sus represiones y prédicas. Por el contrario, siempre los discriminaron y marginaron. Conquista de territorios y de bienes materiales sí la hubo a la perfección, pero no de las conciencias; hubo vencidos pero no convencidos. "Venceréis, pero no convenceréis", fueron las palabras que en famosa requisitoria dijo Unamuno, español ilustre, a sus compatriotas fascistas, herederos de los conquistadores, palabras casi postreras del Rector de la Universidad de Salamanca.

Ese fue el hecho: invasión pura por la fuerza de las armas; un hecho político que es señalado con elocuencia en este libro, subrayado en años recientes por la investigadora Eulalia Guzmán, al analizar rigurosamente las cartas de Hernán Cortés sobre "la invasión de Anáhuac". A ese hecho se contrapuso otro de la misma categoría política: las luchas de liberación de los indios, no sólo de México, sino de toda la América Nuestra, contra el invasor.

Ahora bien, no hay desacuerdo en que a la invasión siguió lógicamente el coloniaje, la dominación material racionalizada y sistemática. Sí lo hay en la sedicente conquista, en la leyenda blanca de que la dominación fue benéfica. Veamos la rebelión del joven Acuelmeztli, cuyo padre fue muerto defendiendo a México-Tenochtitlan y su madre vejada y muerta por la soldadesca hispana invasora, realizada al conocer su verdadera historia y no la que le habían metido piosamente en la cabeza su padre adoptivo y sus maestros, todos españoles y de filantrópica conciencia, hombres buenos que lo habían salvado del hambre, la miseria y el abandono. Siendo distinguido alumno del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, para educandos indios, con el porvenir que le deparaba su clara inteligencia, huyó al norte y combatió encabezando tribus indomables, a las que enseñó la estrategia y la táctica de los españoles. (Véase el artículo relativo de Angel María Garibay en el Diccionario Porrúa.)

El cinismo que revela el *Anónimo de Yucay*, documento bien conocido en el Perú (revista *Historia y Cultura*, núm. 4 de 1970, Lima), es de asombrosa elocuencia. A saber, que la Providencia había deparado a los españoles las riquezas de estas tierras, sin apelación, como pueblo elegido, y que doquiera que hubo riqueza de oro y plata, llegó el Evangelio; no así a los sitios pobres de solemnidad, donde no fue necesario que llegara primero la espada y luego la nueva religión, que salvaría de los infiernos a las almas indígenas.

La historia, pues, es madre de la política, en pensamiento y en acción. En ella se funda el pensamiento político de los pueblos indígenas de América Latina; en la verdadera historia

de los indios, no en la que hicieron a su sabor y conveniencia los opresores.

Ese pensamiento indígena rechaza todas las leyendas interesadas; a saber, que no hubo vencidos ni vencedores y que el mestizaje fue un hecho libremente consentido y aceptado y que, por no se sabe qué arte de birlibirloque, justifica el coloniaje; que asimismo, ese mestizaje nos eleva, por "sobre las culturas indígenas", según piensan en sus entretelas los herederos de los dominadores que se postran de hinojos ante la "cultura" de Hernán Cortés. A éste se le pretende presentar como ilustre exponente de su época, en desmedro de quien sí lo era por aquel entonces: don Miguel de Cervantes Saavedra, abocado a venir a "hacer la América", con lo que hubiera dejado de ser, *ipso facto*, el Cervantes que hoy veneramos.

La ideología de la liberación de los indios de América Latina parte de los principios de que el problema fundamental es hoy de índole política. Está en su momento lógico de lucha por la independencia y la autonomía. De nada servirá, en el mejor caso, que los poderes constituidos respetaran su economía y su cultura, si los indios no pueden autodeterminarse. Ocurriría, según ya ha sucedido, que perderían esos bienes. Mariátegui y su tiempo pensaron que el indígena es ante todo un problema de clase y bien podría concluirse así en rigor político; es decir, en el sentido de que, como oprimido, debe recibir la solidaridad y ayuda de los demás oprimidos, pero sin desdeñar su particularidad, lo propio de su causa, la india. Quienes pretenden ser exponentes indígenas, verdaderamente respaldados por el pueblo aborigen —como la experiencia lo ha demostrado— también terminan en hacer colonialismo, un indianismo pintado de azul o de blanco, que suele terminar en intentos de "incorporación".

Ahora bien, en toda la América Latina el caciquismo republicano y liberaloide no admite ni permite, en el terreno de la acción, que los indios sean sujetos de la historia y la política; está obnubilado por la idea de que deben ser objeto de manipulación. Se acepta al indio como robusto aliado en las luchas populares, carne de cañón o combatiente de primera línea, con el preconcebido intento de escamotearle lo que le corresponde a la hora del triunfo.

Los indios latinoamericanos —según se comprueba unánimemente en los documentos de este libro— deberán constituirse en fuerzas políticas actuantes, como condición de sus posibilidades de convivencia humana (no coexistencia infrahumana, como ahora), de negociación o de eficaz resistencia ante sus enemigos. Este es consenso general, desde las riberas del Río Bravo hasta la Patagonia.

Por el camino de la autonomía obtendrán su independencia económica y cultural. Por ese mismo camino pueden celebrar alianzas con otras fuerzas. Sin embargo, han aprendido de la experiencia que no les conviene ser colas de poderosos leones sindicales, políticos, campesinos, etc. Una de las formas de anularlos ha sido identificarlos con masas amorfas de campesinos, de obreros o de explotados en general, en las que suelen recibir tratos igualitarios quienes son desiguales.

Ese mismo camino de la autonomía podría ser el correcto, para que se conjugaran por propia convicción y voluntad,

funcionalmente, a un Estado. Siempre, pues, dentro de la indianidad, aunque sustenten reivindicaciones comunes a otros grupos y, por supuesto, sin paternalismo de ninguna especie.

El integracionismo prescrito por los no-indios es, en el momento, la situación que priva en América Latina y aun en el resto del continente. Puede variar desde el paternalismo a la represión despiadada, pero de todos modos es lo común dentro de las actuales estructuras de poder, con sus gobiernos, iglesias, escuelas, mercados, etcétera.

Mientras el indianismo quede dentro de la esfera del pensamiento, eso será y, si es político, podrá convertirse en revolucionario. Podrá quedar como otra hermosa utopía, si es que no se traduce en acción, por modesta que ésta sea.

De cualquier forma, es ya un pensamiento progresista, cuya primera medida o parámetro ha sido provocar la coincidencia multitudinaria, dado que coincide con la verdad histórica.

Lo relevante en esta obra es la nota política. La exposición tiene un método geopolítico en todos los materiales: los que corresponden a los pensadores de la indianidad y los de sus organizaciones. En todas predomina la claridad meridiana, que está predisponiendo a la acción. *Luis Córdova*.

UNA SISTEMATIZACION DEL PENSAMIENTO CEPALINO

Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 361 páginas.

Múltiples y variadas son las teorías e interpretaciones para explicar el subdesarrollo y la dependencia —verdadera camisa de fuerza que sujeta a nuestros países— en la literatura económica. Con todo, podemos decir que los avances realizados en este aspecto son todavía modestos.

Durante los años cincuenta se llegó a conformar toda una corriente interpretativa y un cuerpo de teoría sobre el proceso del desarrollo económico latinoamericano. Dentro de las Naciones Unidas, cupo a la CEPAL el mérito de haber sido la pionera, no sólo en la interpretación (con un enfoque económico-productivo) de la realidad imperante al sur del Río Bravo, sino también en su crítica a la economía neoclásica y convencional. En efecto, la CEPAL formuló una teoría acerca del subdesarrollo y el carácter atrasado y subordinado del continente latinoamericano. En los dos últimos decenios hemos observado cómo esta corriente ha evolucionado de los planteamientos sobre el desarrollo del capitalismo y la relación centro-periferia, al problema de la transformación de la estructura productiva en esta última; así, se considera, por ejemplo, que la apropiación privada del excedente económico constituye un mal mayor que la propia existencia de la propiedad privada; de ahí que se promueva su canalización por la vía estatal.

La división social del trabajo y de la producción ha

creado un sistema heterogéneo entre el centro, países desarrollados e industrializados, y la periferia —países subdesarrollados— en el cual, merced a una productividad muy diferente, los primeros se benefician por intermedio de los términos de intercambio comercial, del ingreso y de la fuerza de trabajo. De ese modo, la CEPAL sostiene que debido a la mayor productividad del centro, así como a las diferencias de precios entre los productos industriales y las materias primas, los países de la periferia sufren un deterioro constante en sus relaciones con el centro. De tal suerte, la desigualdad en el ritmo de crecimiento del producto, en la acumulación de capital y en la distribución del ingreso, las altas tasas de desempleo, los bajos salarios, la “insuficiencia dinámica de la producción”, el atraso entre regiones y la poca difusión del progreso técnico-científico, constituyen algunas de las características principales que definen a las llamadas economías periféricas y subdesarrolladas.

Como oposición a ello, la CEPAL ha propuesto de manera insistente una política económica que apoye la intervención deliberada del Estado en los sectores más dinámicos de la producción, la sustitución de importaciones, el proteccionismo industrial y del mercado interno, la integración regional, así como una mejor redistribución del excedente económico.

Antes dominante, hoy día el pensamiento de la CEPAL ve agotados sus recursos explicativos sobre las causas del subdesarrollo, el origen del atraso y la dependencia estructural que padecen los países latinoamericanos. En esencia, el mayor avance y auge de la teoría cepalina corresponde al período de la llamada etapa sustitutiva de importaciones posterior a la segunda posguerra, en la cual la industrialización se examina como un proceso generado básicamente desde el exterior: de la sustitución de importaciones de la industria ligera y de bienes de consumo, a la de bienes de capital (en su segunda etapa). Los trabajos e investigaciones empíricas de la CEPAL recomiendan realizar reformas agrarias (afectar la propiedad latifundista) y fiscales, así como proteger a la industria local. También indican la necesidad de regular y controlar —por el Estado— el capital extranjero: “el razonamiento cepalino lleva a la conclusión de que el capital extranjero ha de estar sujeto no sólo a una regulación genérica, sino a una acción deliberada que someta su participación a previsiones y límites más o menos precisos”, escribe Octavio Rodríguez. Los anteriores elementos son sin duda los mejores aportes y recomendaciones que en política económica deberían seguir los gobiernos y estados de la región.

Una interesante discusión sería ver si esta corriente del pensamiento económico latinoamericano responde a las necesidades del desarrollo de la burguesía nacional, o si su argumentación sólo refleja los intereses y el proyecto de la parte más dinámica, moderna y avanzada de la burguesía industrial, es decir, de la gran burguesía promonopólica. Creemos que esto último es lo cierto, considerando el agotamiento e imposibilidad de generar un proceso de acumulación autocentrado y apoyado en la fuerza del Estado nacional.

Como menciona acertadamente el autor del libro, las contribuciones de la CEPAL examinan diversos aspectos del desarrollo de las fuerzas productivas y el proceso de industrialización en las economías periféricas, particularmente de

América Latina; en cambio, omiten el problema de las relaciones sociales de producción, de propiedad y de explotación imperantes. Sobre el particular, el análisis cepalino se limita a las referencias laterales y parciales, no integradas entre sí. Con todo, el enfoque sobre la situación económica latinoamericana constituye un punto de partido exhaustivo y desarrollado. Lo que sorprende hoy en día es que aún algunos marxistas latinoamericanos desconozcan esas explicaciones y, lo que es peor, repitan los mismos argumentos de la CEPAL que, si dos decenios atrás fueron verdaderas contribuciones, hoy constituyen un obstáculo para entender las causas, el origen y las formas de superación del atraso y la dependencia.

Por su parte, en los años sesenta la teoría de la dependencia constituyó la variante avanzada de las concepciones cepalinas, al incluir en sus análisis los factores del poder, las clases y el carácter capitalista del Estado-nación. Sin embargo, el antimperialismo y el nacionalismo burgués todavía no han sido superados críticamente por una buena parte de la izquierda latinoamericana. En parte por ello, aún persisten las propuestas de la CEPAL y su explicación para alcanzar el desarrollo económico dentro de los marcos del capitalismo y de las relaciones sociales de producción y de intercambio a él subyacentes.

Sobre lo anterior, no cabe duda, el libro de Octavio Rodríguez, acucioso y sistemático, nos ofrece un brillante testimonio sobre la necesidad de ir más allá que la teoría del subdesarrollo elaborada por la CEPAL. No es posible negar la contribución de los economistas de ese organismo en el momento en que plantearon las necesidades de un desarrollo capitalista más pleno, orientado hacia adentro, y el impulso de la industrialización tardía; sin embargo, ¿qué es lo recuperable-superable hoy?

Como bien lo demuestra el autor, esta corriente de pensamiento llega a constituir un cuerpo de teoría económica, es decir, posee consistencia conceptual y analítica, coherencia interna, etc. Ello, independientemente de ciertas imperfecciones e incongruencias, producto de abordar de manera pragmática problemas inmediatos y concretos de necesaria aplicación. La teoría de una economía periférica y el esbozo de una política económica del subdesarrollo se encuentran entre los mayores aportes de la CEPAL. "Centros y periferia conforman un sistema único, que es dinámico por su propia naturaleza". Rodríguez nos dice que existe interconexión y cambio estructural, donde las relaciones se producen de conformidad con tres tendencias que corresponden al tipo de desarrollo periférico: *desequilibrio externo, desempleo estructural y deterioro en los términos de intercambio*. El análisis cepalino de la industrialización y transformación de la estructura productiva encuentra su eje, punto de partida y límite, en esas tres argumentaciones.

En el ocaso de los años sesenta, nuevas corrientes interpretativas y de pensamiento vinieron a suplir el esquema anterior. La teoría de la dependencia, el capitalismo monopolista de Estado y la etapa de internacionalización-transnacionalización del capital, la producción y el Estado, constituyen hoy por hoy, la visión predominante para explicar la realidad socioeconómica y política de nuestros países latinoamericanos. *Américo Saldívar*.

UNA HISTORIA SIN MASAS

Historia de la Revolución mexicana, período 1940-1952, t. 18: Luis Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, El Colegio de México, México, 1978, xii + 410 páginas.

Con seguridad, todos aquellos que hayan seguido un curso superior de historia de México no desconocerán que el período 1940-1960 constituye una verdadera laguna en lo que a información y análisis se refiere. La importancia del período es tal, que diversas concepciones teóricas y políticas lo identifican con el inicio del desarrollo económico, social y político del México moderno, no obstante lo cual pocas obras hay que nos brinden la información necesaria para analizar —desde una perspectiva actual— lo que sucedió en esos años. Sólo recientemente algunos estudios de carácter económico y político empiezan a publicarse, contándose entre ellos la obra que se comenta.

El objetivo de Luis Medina es reseñar la vida política cotidiana del período presidencial de Manuel Avila Camacho (1940-1946), para lo cual echa mano de la información periodística y las revistas de la época; también consultó archivos oficiales y privados del país y archivos oficiales de Estados Unidos y Gran Bretaña. Su propósito fue sacar "conclusiones equilibradas" de todo ese mar de información, en la cual aparecen, "aunque burdamente, dos posiciones extremas que intervienen en el quehacer político de la época —izquierda y derecha (oficiales)— y la actitud arbitral asumida por el gobierno". Este fue el esquema de análisis desarrollado en el libro, que desde nuestro punto de vista constituye la principal limitante de la obra, la cual adolece además de carencias informativas, analíticas y de interpretación que señalaremos más adelante.

El autor dedica el primer capítulo a hacer un balance del gobierno cardenista, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1940. A su juicio, hay tres factores principales que explican por qué hay "una orientación diferente a la cardenista en el gobierno de Manuel Avila Camacho", a saber:

- El descontento existente en el agro entre pequeños y grandes propietarios, producto del acelerado reparto de tierras hecho por la administración cardenista.
- La baja generalizada de la actividad económica, ocasionada en buena medida por la desconfianza que entre los capitalistas había sembrado la intervención del Estado en la economía por medio de las nacionalizaciones, el reparto agrario y lo que el autor llama el auge de la militancia obrera, manifiesta en la creación y fortalecimiento de la CTM.
- El descontento de sectores medios y empresarios —sobre todo los profundamente católicos—, ante el establecimiento de la educación socialista, agudizado porque Cárdenas había tratado de definir más claramente el contenido socialista de la educación mediante la reglamentación del artículo tercero de la Constitución en 1939.

En este contexto, el autor dedica los cuatro capítulos restantes de la primera parte a reseñar los avatares de la contienda electoral. Consecuente con su esquema, señala

el enfrentamiento entre dos fuerzas: una, la izquierda oficial representada por el general Mújica, cuyo objetivo era dar continuidad a la política económica y social del cardenismo; otra, la derecha, encabezada por los generales Juan Andrew Almazán y Joaquín Amaro, representantes de los sectores sociales resentidos con la política cardenista, quienes mediante la defensa de la libre empresa y de una democracia decimonónica buscaban reorientar el rumbo del país.

En medio de estas dos fuerzas apareció el centrismo de Manuel Avila Camacho, candidato inicialmente impulsado por un grupo de gobernadores y al que finalmente darían su apoyo el PRM, sus dos más importantes organizaciones de masas (CTM y CNC) y aun el propio Lázaro Cárdenas. Este vuelco hacia el candidato centrista es explicado por el autor en virtud de la necesidad (sin aclarar de quién) de impulsar un proyecto político que permitiera lograr la unidad interna, así como fomentar la producción agrícola e industrial, en un clima internacional de guerra, en el que Cárdenas había establecido una serie de compromisos verbales con Estados Unidos, en un intento por restar fuerza —ante la potencia del norte— a los candidatos de derecha, los que no disimulaban ciertas simpatías germanófilas.

Es precisamente aquí donde aparecen las limitaciones del esquema del análisis propuesto en este libro. ¿Si la izquierda oficial buscaba dar continuidad a la obra de Cárdenas, por qué se aceptó la candidatura centrista? ¿Por qué la intención de golpe de estado (tal vez la última que conoce el panorama político del país) proviene de esa derecha aparentemente más favorecida por el proyecto de Avila Camacho, y no de la izquierda oficial, relegada no obstante su aplastante mayoría dentro del aparato estatal?

Se trata de preguntas imposibles de contestar desde la perspectiva del autor, sobre todo porque hay una serie de características del sistema político mexicano, como la lealtad y las formas de resolver las pugnas en el seno de la clase gobernante, que impiden dividir a ésta en izquierdas y derechas oficiales, independientemente de que sí existan matices y diferencias en las posiciones de los políticos mexicanos, que no constituyen una traba para presentarse como un ente homogéneo mediante el corporativismo del Estado, que se empezó a consolidar en el decenio de los cuarenta y que, como fenómeno político, de ninguna manera es ajeno a los mecanismos por medio de los cuales el sistema resolvió los enfrentamientos de las distintas clases de la sociedad mexicana.

Todos estos son factores que no toma en cuenta Luis Medina, reduciendo la explicación del repliegue de banderas de la izquierda oficial, a cambios en las posiciones de los individuos más representativos de esta corriente, ante la amenaza de la derecha simpatizante del fascismo.

En la segunda y tercera partes, el autor reseña la naturaleza de los cambios ocurridos en el sexenio de Avila Camacho. Los cinco capítulos de la segunda parte están dedicados a analizar las pugnas políticas que desde diciembre de 1940 se desarrollan entre la izquierda y la derecha oficiales, que se explican principalmente con base en los debates en las cámaras de diputados y senadores y a partir de los cambios en las posiciones de los principales líderes obreros y campesinos, en aras de una política de unidad nacional, acicateada por la entrada de México a la segunda guerra mundial.

Entre los elementos que el autor señala como definitivos para la consolidación del proyecto político de Avila Camacho figura el control de la legislatura federal, que el Presidente logra en las elecciones de 1943, basándose en el impulso de diputados avilacamachistas, provenientes en su mayoría del recientemente creado sector popular del partido oficial (CNOP).

A la consolidación de ese proyecto político basado en la unidad nacional dedica Luis Medina los tres últimos capítulos del libro, en los que describe minuciosamente las tres grandes rectificaciones del sexenio: 1) la rectificación agraria, al sentarse las bases para la creación del amparo agrario, en beneficio de los pequeños y grandes propietarios, desanimando a su vez el impulso que Cárdenas había dado al ejido colectivo; 2) el cambio de la idea del desarrollo de la lucha de clases por el de justicia social, a partir de la unidad de todos los mexicanos, con el fin de lograr la disminución de la militancia obrera en un medio en el cual los empresarios trataban de sacar el máximo provecho del impulso que la guerra había dado a la actividad económica, y 3) la reforma al artículo tercero de la Constitución, suprimiendo el concepto de educación socialista.

Resulta interesante la forma en que el autor establece una estrecha relación entre el control de la legislatura por el Presidente y la consecución de esas tres rectificaciones —como si éstas dependieran del primer hecho—, relación bastante dudosa si se toma en cuenta que nuestro sistema político no se ha caracterizado por la existencia de un poder legislativo fuerte y autónomo ante el Ejecutivo federal.

Sin embargo, estos capítulos finales son los más logrados del libro, en la medida que introducen algunos datos fundamentales para interpretar el curso de los movimientos sociales de la época, aunque resulta una información escasamente aprovechada por el autor, lo que incluso lo conduce a caer en contradicciones muy serias. Estas se ejemplifican en la incapacidad para explicar que miembros de lo que él llama la izquierda oficial, supuestamente relegados y en desventaja ante la derecha (análisis de la segunda parte), sean los mismos encargados de instrumentar el proyecto político de conciliación de Avila Camacho —que según el autor tiene el resultado de frenar la política social del cardenismo—, en beneficio de empresarios y sectores descontentos de la clase media.

Indudablemente, el libro brinda una serie de datos políticos muy importantes y detallados (como los referentes a las anticipaciones macartistas de algunos diputados de la época, dedicados a purgar de "comunistas" al Estado), que contribuyen a cubrir la brecha en el conocimiento e interpretación de este período. Sin embargo, los problemas fundamentales de la obra son de carácter analítico.

Así, la historia política de México no puede ser reducida, tal como lo hace el autor, a reseñar las pugnas dentro del Estado o del partido oficial, como si las declaraciones de los grandes políticos fueran suficientemente representativas del conjunto de las distintas posiciones existentes en la sociedad. Tampoco se puede aspirar a analizar la vida política cotidiana de un período tan rico como el de los cuarenta, sin introducir las diversas manifestaciones políticas de las distintas clases y estratos sociales, sobre todo de los asalariados,

los sectores medios y la pequeña burguesía, para las que sólo existen algunas referencias aisladas en el libro. Eso permitiría concluir que, para Medina, el pueblo es un mudo testigo de los enfrentamientos entre sus gobernantes.

Tampoco es concebible que en un análisis político como el que pretende el autor, no se tomen en cuenta las consecuencias de los errores de una izquierda que, habiendo logrado aumentar su influencia durante el cardenismo, contribuye con su dogmatismo y sectarismo al vuelco experimentado en el sexenio 1940-1946.

En síntesis, la lectura del libro nos deja la impresión de que la historia de la Revolución mexicana ha sido un largo transcurrir en el tiempo, en el que los caudillos de los años veinte fueron sustituidos por los grandes políticos, y que son éstos, y no las masas, los que han hecho la historia de este país. *Ricardo Gamboa Ramírez.*

EDUCACION Y ESCRITURA EN AMERICA LATINA

Emilia Ferreiro y Ana Teberosky, *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*, segunda edición, Siglo XXI Editores, México, 1980, 367 páginas.

Emilia Ferreiro y Ana Teberosky son dos discípulas del gran maestro Jean Piaget, no hace mucho tiempo fallecido. La importancia del presente libro es que se trata de un estudio práctico que busca en la psicología infantil los motivos de la escritura, y el método propio de los niños para expresarse por escrito.

Las autoras de este experimento y este libro consideran que en 1962 se inició una verdadera revolución en el campo de la psicolingüística, dominado hasta entonces casi totalmente por las concepciones conductistas. A partir de ese año se empezaron los estudios en torno a la adquisición de la escritura en el niño, relacionada con la adquisición de la lengua oral.

Así, Ferreiro y Teberosky ya no consideran que el sistema propio del niño, a la hora de realizar la lengua escrita, sea una serie de incomprensiones y actitudes ingenuas, carentes de valor metódico, sino que el niño tiene una actitud crítica ante la lengua y que al practicarla aplica con plena conciencia todo un conjunto de razonamientos lógicos que lo llevan a una manera particular de expresión.

“Cuando alguien se equivoca siempre de la misma manera —dicen las autoras—, es decir, cuando estamos frente a un error sistemático, llamar a eso simplemente ‘error’ no es sino cubrir con una palabra el hueco de nuestra ignorancia. Un niño no regulariza los verbos irregulares por imitación, puesto que los adultos no hablan así (un niño hijo único también lo hace); no se regularizan los verbos irregulares por reforzamiento selectivo. *Se los regulariza porque el niño busca en la lengua una regularidad y una coherencia que haría de ella un sistema más lógico de lo que es.*” (El subrayado es nuestro)

Así, todos los niños hispanohablantes, entre los tres y los cuatro años de edad, dicen “yo lo poní” en lugar de “yo lo puse”. Y lo fundamental de esta práctica es que los niños buscan siempre una regularidad en la lengua. Ellos piensan y hablan de la misma manera: “yo hací”, “yo andé”, “está rompido”, en consonancia con *comí, corrí*, etcétera.

Para Ferreiro y Teberosky, la lingüística da un giro completo a partir del sacudimiento de marasmos arrastrados a causa del conductismo, con la teoría de Noam Chomsky. Dichas autoras no son las primeras en hacer una revisión completa de las concepciones y métodos con que se enseña a los niños la lengua escrita; empero, su originalidad consiste en que, antes que ellas, en lengua española absolutamente nadie había tomado con plena seriedad la necesidad de revisar y cambiar las metodologías anquilosadas en América Latina.

Los sistemas de escritura es todo un manual de la práctica que las autoras tuvieron con niños argentinos, explicando todos los mecanismos y ejemplificando con total claridad los casos del aprendizaje de los niños.

“Los trabajos de Piaget sobre la adquisición de las nociones numéricas elementales —escriben Ferreiro y Teberosky— destruyen en sus mismos cimientos la concepción de la ‘matemática de primer grado’ como la adquisición de una mecánica no razonada. Nosotros nos preguntamos: ¿no ocurrirá lo mismo con la lecto-escritura? ¿Hasta qué punto es sostenible la idea de que hay que pasar por los rituales del ‘ma-me-mi-mo-mu’ para aprender a leer? ¿Cuál es la justificación para comenzar por el cálculo mecánico de las correspondencias fonema/grafema para proceder luego, y solamente luego, a una comprensión del texto escrito? ¿Es justificable esta concepción de la iniciación a la lecto-escritura, concebida como una iniciación ciega (es decir, con ausencia de un pensamiento inteligente) a la transcripción de los grafemas en fonemas?”

A todas estas interrogantes las autoras de *Los sistemas de escritura* responden con los hechos. Largo estudio y aún más larga práctica tuvieron —y tienen aún— que hacer para que los mismos niños demuestren que las actitudes clásicas para la iniciación a la lecto-escritura son infuncionales, obsoletas y, lo que es más, mediatizantes por cuanto obligan al niño a guiarse por los mensajes de los adultos, que apenas si comprenden que es el niño quien puede darles clases a ellos sobre la coherencia de nuestro sistema lingüístico.

Los principios básicos sobre los cuales Ferreiro y Teberosky plantearon su estudio son tres: 1) no identificar lectura con descifrado (puesto que leer no equivale a decodificar las grafías en sonidos); 2) no identificar escritura con copia de un modelo (puesto que escribir es una tarea de orden conceptual que no solamente está movida por el aspecto perceptivo-motriz); y 3) no identificar progresos en la conceptualización con avances en el descifrado o en la exactitud de la copia (puesto que se entiende que los progresos en la conceptualización pueden coincidir o no con los avances escolares).

El fin principal del libro es mostrar el éxito del trabajo de

campo que las autoras realizaron durante años. Creemos que ese objetivo es justo y acertado, dado que el fin de la práctica fue comprobar que los sistemas de lenguaje y

aprendizaje de la lecto-escritura en América Latina ya no están para estos tiempos, es decir, ya no están para estos niños. *Juan Domingo Argüelles.*

obras recibidas

Hugo Assman (ed.)

El Banco Mundial: un caso de "progresismo conservador", Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 1980, 245 páginas.

El juego de los reformismos frente a la revolución en Centroamérica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, 1981, 181 páginas.

Banco Central de Bolivia

Memoria anual. Gestión 1979, La Paz, s.f., 172 + 106 páginas.

Guillermo Bonfil Batalla (estudio introductorio, selección y notas)

Utopía y revolución. El pensamiento contemporáneo de los indios en América Latina, Editorial Nueva Imagen, México, 1981, 439 páginas.

Samuel Bowles y Herbert Gintis

La instrucción escolar en la América capitalista. La reforma educativa y las contradicciones de la vida económica, trad. del inglés de Pilar Mascaró S., Siglo XXI Editores, México, 1981, 377 páginas.

Consejo de Recursos Minerales

Anuario estadístico de la minería mexicana 1979, México, 1980, 418 páginas.

Coordinación General del Sistema Nacional de Estadística, Geografía e Informática, SPP, México.

El ABC de las Cuentas Nacionales. Los Censos Nacionales, 1981, 35 páginas.

Guías para la interpretación de cartografía. Hidrología, 1981, 33 páginas.

Guías para la interpretación de cartografía. Topografía, 1981, 30 páginas.

Las matrices de insumo-producto de México de 1950, 1960 y 1970. Su utilización para el análisis de los cambios estructurales de la economía, 1981, 29 páginas.

El sector alimentario en México, 1981, 698 páginas.

VII Censo Comercial 1976 a nivel entidad federativa, municipio y grupo de actividad. Datos de 1975, 1981, 375 páginas.

VII Censo de Servicios 1976 a nivel entidad federativa, municipio y grupo de actividad. Datos de 1975, 1981, 336 páginas.

Sistema de Cuentas Nacionales de México, 1981, 87 páginas.

Agustín Oscar Flecha

Vía crucis del subdesarrollo, Universidad Católica de Asunción, Asunción, 1978, 142 páginas.

Luis Hernández (comp.)

Las luchas magisteriales 1979-1981, vol. 1: *Documentos*, Editorial Macehual, México, 1981, VIII + 158 páginas.

María Teresa Huerta, Concepción Lugo *et al.*

Balace y perspectivas de la historiografía social en México, 2 t., Colección Científica: Fuentes (Historia social), núm. 84, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1980, 532 páginas.

Karl Marx [Friedrich Engels]

El capital. Crítica de la economía política, t. III, vol. 8, libro tercero, "El proceso global de la producción capitalista", ed. a cargo de Pedro Scaron; trad. de León Mames; revisión y notas de Pedro Scaron, Siglo XXI Editores, México, 1981, pp. 791-1314.

Juan Medinacelli V., Antonio Camberos B. y Germán Molina D.

Algunos aspectos del enfoque monetario de la balanza de pagos; evidencia empírica para el caso boliviano, Banco Central de Bolivia, La Paz, s.f., 27 páginas.

Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación

La agricultura hacia el año 2000. Problemas y opciones de América Latina, Roma, 1981, VI + 239 páginas.

Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial

Appropriate Industrial Technology for Construction and Building Materials, Monographs on Appropriate Industrial Technology, núm. 12, Viena, 1980, XIV + 217 páginas.

Appropriate Industrial Technology for Drugs and Pharmaceuticals, Monographs on Appropriate Industrial Technology, núm. 10, Viena, 1980, XIV + 146 páginas.

Guido Pennano (ed.)

Economía peruana: ¿hacia dónde?, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, Lima, 1981, 192 páginas.

U.S. Bureau of the Census

Statistical Abstract of the United States: 1980 (101 ed.), U.S. Department of Commerce, Washington, 1980, XIV + 1059 páginas.

Ma. Elena P. de Vigier, Jorge García R. y Arturo Valdez C.

Una lectura de Puebla, Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación: Cristiana (CELADEC), Lima, 1980, 103 páginas. □